

La luz que nos lleva a la sensualidad de lo erótico en la poesía

Aranza Mariana Hernández Flores
Universidad Autónoma de Aguascalientes
al262500@edu.uaa.mx

El elemento de la luz ha sido utilizado a lo largo de la historia de la literatura en innumerables ocasiones, fungiendo como metáfora, o bien, como símbolo que exalta y desborda el significado raso de sí mismo, así como el de las palabras y oraciones a su alrededor, creando un abanico de posibilidades interpretativas. La frontera entre la luz como metáfora o símbolo es incluso difusa.

A partir del símbolo de la luz y sus funciones polifacéticas se pueden crear imágenes, espacios semánticos y sucesos en una obra literaria diferentes entre sí: puede representar la divinidad, la iluminación del ser humano más allá de toda materia, puede hablar de sus contrastes con la oscuridad, así como puede catapultar al lector hacia la sensualidad en el texto, provocando de igual manera una reacción, una experiencia exaltada.

Gracias a esta característica polisémica del vocablo “luz” es posible ir al encuentro con lo sensual y lo erótico. Varía de escritor a escritor, de poetisa o poeta, el modo en que empleen este recurso. Existen, entonces, distintas y variopintas formas en las que la luz se describe y representa para lograr estos espacios de erotismo, emociones y sensualidad. Las imágenes poéticas que se crean con ella pueden jugar distintos papeles, hay, por tanto, infinidad de ejemplos.

La luz no aparece sin razón ni surge escuetamente en el poema, sino que, en ocasiones, toma la forma de algo más, en algunos casos, de la lámpara en el espacio poético planteado:

Le foyer, la lueur étroite de la lampe;
La rêverie avec le doigt contre la tempe
Et les yeux se perdant parmi les yeux aimés;
L'heure du thé fumant et des livres fermés;
La douceur de sentir la fin de la soirée;
La fatigue charmante et l'attente adorée;
De l'ombre nuptiale et de la douce nuit (...)

[El hogar y la lámpara de resplandor pequeño; / la frente entre las manos en busca del ensueño, / y los ojos perdidos en los ojos amados; / la hora del té humeante y los ojos cerrados / el dulzor de sentir fenecer la velada, / la adorable fatiga y la espera adorada / de la sombra nupcial y el ensueño amoroso (...)].

Estos versos del poeta francés Paul Verlaine, crean un espacio semántico que puede ser interpretado como la habitación de un matrimonio. Describe una serie de objetos y descripciones esparcidas alrededor que remiten al lector a la recámara y entretejen una atmósfera íntima, donde el yo poético anhela el encuentro con “los ojos amados” (Verlaine). Pese a que los momentos transcurren durante la noche, sumergidos en la oscuridad, la estancia es alumbrada tenuemente y vista por la luz que emana de la lámpara, que, sumadas a los otros elementos crean una atmósfera sensual en aquel lecho nupcial. Aquí, en este espacio, la lámpara representa la larga espera en la habitación de la pareja, pero, sobre todo, en palabras de Bachelard “la lámpara vela, por lo tanto vigila”, porque, “todo lo que brilla ve” (1975). Gracias a esta luz, sabemos qué está ocurriendo en la imagen poética pese a la oscuridad intimista que brinda la noche.

Partiendo hacia tiempos más modernos, Delmira Agustini, poeta uruguaya de principios del siglo XX, evoca la luz de esta manera, en algunos versos de un poema suyo:

Amor, la noche estaba trágica y sollozante
cuando tu llave de oro cantó en mi cerradura;
luego, la puerta abierta sobre la sombra helante
tu forma fue una mancha de luz y de blancura.

Todo aquí lo alumbraron tus ojos de diamante;
bebieron en mi copa tus labios de frescura,
y descansó en mi almohada tu cabeza fragante;
me encantó tu descaro y adoré tu locura (...).

Aquí, la luz no se manifiesta por medio de un objeto en el espacio poético, sino que, la misma luz emana del cuerpo del amante, en el verso: “tu forma fue una mancha de luz y de blancura” (Agustini). La luz del amante penetra, nuevamente, en la oscuridad de la velada y la habitación. Es posible que la habitación esté o no iluminada, pero eso realmente no importa porque, en otro verso más adelante, el yo poético afirma: “Todo aquí lo alumbraron tus ojos de diamante” (Agustini). La luz surge del cuerpo ajeno, que se encuentra en el espacio poético, y forma parte del erotismo entretejido en el poema. Es una luz extranjera, que irrumpe abruptamente en la tranquilidad del lecho de la poetisa.

La luz, juega, como podemos ver, varios papeles dependiendo del poema y lo que se quiera decir. Se filtra por todos lados, por las ventanas, las grietas y los poros. Ernestina de Champourcín, poeta española de la Generación del 27, retrata la luz de esta manera, en su poema:

Te esperaré apoyada en la curva del cielo
y todas las estrellas abrirán para verte
sus ojos conmovidos.

Te esperaré desnuda.
Seis túnicas de luz resbalando ante ti
deshojarán el ámbar moreno de mis hombros.

Nadie podrá mirarme sin que azote sus párpados
un látigo de niebla.
Sólo tú lograrás ceñir en tus pupilas
mi sien alucinada
y mis manos que ofrecen su cáliz entreabierto
a todo lo inasible.
Te esperaré encendida.
Mi antorcha despejando la noche de tus labios.
libertará por fin tu esencia creadora.
¡Ven a fundirte en mí!
El agua de mis besos, ungiéndote, dirá
tu verdadero nombre.

En este poema, el espacio semántico es supracelste, donde el yo poético se posa y espera, como el mismo título lo indica, *Apoyada en la curva del cielo*, entre las estrellas luminosas. El yo poético aguarda la llegada del ser deseado, desnuda y aun así cubierta por seis capas de luz. La iluminación que la rodea, espera únicamente a esa persona, visible en los versos: “Sólo tú lograrás ceñir en tus pupilas / mi sien alucinada / y mis manos que ofrecen su cáliz entreabierto” (Champourcín). A diferencia de los demás poemas expuestos: la luz no emana de la lámpara, o del cuerpo del amante, sino del mismo yo poético, ella misma: “Te esperaré encendida. / Mi antorcha despejando la noche de tus labios (...) ¡Ven a fundirte en mí!” (Champourcín).

Se plantea entonces un teorema, un breve tríptico de cómo es posible utilizar la luz para construir el erotismo en la poesía, pasando a lo largo de diferentes etapas del tiempo: la lámpara, el amante, la mujer. La percepción del lector es llevada, como en toda buena poesía, a espacios semánticos, lugares poéticos que evocan ensoñaciones, recuerdos y sensaciones, gracias a las metáforas, símbolos y demás elementos, entre ellos, la luz, que crean la experiencia erótica. Y esto, como se ha mencionado, depende de la manera en que el autor, autora, lo trabaje.

La luz es utilizada desde la Edad Media latina, desde el Génesis, por lo que hablamos al menos del siglo VI a. C y, desde entonces, ha sido explorada desde la perspectiva de diversas culturas y épocas, de una u otra forma. Ahora que el símbolo pareciese ser dejado de lado, la luz ha adoptado nuevas expresiones y va cambiando constantemente, como sustancia inmaterial que es, pero aun así cargada de significado y espíritu, al igual que la poesía.

Referencias

- Bachelard, Gaston. *La poética del espacio*. Fondo de Cultura Económica, 1975. Breviarios.
- Champourcín, Ernestina de. “Te esperaré apoyada en la curva del cielo.” Poeticous, [s.f.], www.poeticous.com/ernestina-de-champourcin/

te-esperare-apoyada-en-la-curva-del-cielo?al=t&filter=favorites&locale=es.

Riba, Luz María. *Poemas para enamorar*. V&R Editoras, 2005.

Verlaine, Paul. *Antología poética*. Editorial Bruguera, 1972.